

Las situaciones cotidianas: microrrelatos

RONALD GERARDO HERNÁNDEZ CAMPOS

La Navidad en el trópico

Como muchas otras creencias impuestas, era la víspera de Navidad en nuestra casa, de país tropical, donde no cantamos villancicos, ni cae nieve, ni señores gordos y viejos vestidos de rojo se encaraman en los techos a tirar regalos a las chimeneas: nuestra idea de chimenea habría hecho que los juguetes terminaran como parte de las brasas y cenizas de la cocina de leña que alguna vez vimos en casa de mi abuela. Vivíamos con ella.

En nuestro hogar no se escuchaba un solo ruido porque mi madre tenía la costumbre de ahorrar luz y bajar la cuchilla del fluido eléctrico, además de que no había muchos aparatos que nos dieran entretenimiento. Nos acostaban temprano para no gastar luz, o eso decía mamá, *porque la luz se gasta y es muy cara...* Yo siempre he sido de sueño pesado, mientras que mamá toda la vida ha padecido de un sueño ligero que la mantenía en vela y de mal humor al día siguiente; el motor de la refrigeradora la despertaba; incluso lo escuchaba a bastantes metros con paredes de por medio. Por esa molestia, decidí siempre tener todo desconectado: la víspera de Navidad no sería la excepción.

Luego de la humilde cena (un tamal de masa con carne), no pensamos que llegarían regalos. Nunca llegaban, ni llegaron. Por entonces, solo se acostumbraba regalar el estreno de la ropa para la ocasión y la del 31 de diciembre; aun hoy, mis hermanas mantienen la costumbre: ellas se llenaron de hijos como mi madre. Ese año no fue distinto, excepto por los ruidos que se oyeron en el techo a eso de las doce medianoche.

Mis hermanos y yo pensamos en una versión posible de un Santa Claus viniendo a dejar juguetes. Mis hermanas se imaginaban las muñecas y cosas que otras niñas les contaban que les traían; hasta la abuela quiso seguirnos la corriente; todos en la casa quisimos creer en una posibilidad, excepto mi madre. Como en nuestro pueblo la costumbre de los ladrones era la de meterse por el techo y ella, acostumbrada a no dejarse quitar lo que con esfuerzo le había costado conseguir, como buena mujer abandonada con sus hijos, no dudó en cargar la escopeta, salir lo más callada al punto donde pudiera divisar en la oscuridad el techo y tirarle a la primera sombra que viera en movimiento sospechoso.

Asumimos que a quien le disparó mi madre no era Santa Claus.

Los diagnósticos

... para Sigi Rojas

Un accidente que le costaría las dos piernas fracturadas; un proceso de curación lentísimo. Un fémur que no sanó bien. La voluntad de seguir. Muchos años después, mientras daba clases, sintió un dolor en el vientre: apendicitis, la primera operación. Varios años después, un cáncer en el estómago; el doctor le extirpó la tripa sin mucha consideración porque no es muy necesaria para la digestión en sí. Un día, en un evento, le dijeron que estaba amarillo: cálculos biliares; adiós a la vesícula. Cuando ya Gilberto pensó que no había nada más que la medicina le pudiera quitar: un remanente del cáncer le había bajado a un testículo. El urólogo que lo atendió fue bastante particular:

– Don Gilberto, desafortunadamente las prótesis testiculares no llegan sino hasta la otra semana. Puede esperar internado mientras llegan...

– Mire, doctor, a mí me importa un carajo la prótesis. ¡A mí me opera ya y me quita eso ya!

– Sí, pero entienda que usted aún es joven y puede tener hijos; es nada más que acate ciertas indicaciones...

Al parecer, el calvario de irse quitando órganos y parecer un cristo de cicatrices de guerra no era suficiente para Gilberto. Según su urólogo, aún le faltaba pasar por la paternidad.

Reflexiones sobre Medea

La Medea griega, de ese otro tiempo que podemos situar en cualquier época anterior a la nuestra, a pesar de haber sido marcada siempre con el estigma de extranjera, definitivamente fue más lista, más vengativa y quizás muy cruel. Medea mató a sus hijos, o los mandó a la muerte, según el relato que se escuche, porque su marido Jasón la abandonaría cruelmente por otra princesa de Corinto.

La Medea tica es de un tiempo más actual, uno creería que se trata del presente. Ella es un poco más intrigante, por no decir incomprendida; quién sabe si igual de vengativa que su antecesora, o tal vez más bien timorata: una mujer de origen quizás humilde, a diferencia de Medea, mató a su hijo recién nacido para ocultar que había engañado a su esposo con otro hombre...

La verdadera forma

Alfredo nunca aceptó que los dioses lo habían hecho humano. Las diferentes disciplinas de la alquimia y la magia nunca habían respondido su llamado: nunca pudo transmutar su esencia en otra de igual o más valor.

Un día, en uno de sus experimentos con seres y fuerzas más allá de lo natural, se encontró con la existencia de una entidad que podría convertirlo en otra criatura que representara mejor su naturaleza. Alfredo le pidió al ente su deseo, su verdadera forma física, y aquel ser sólo pudo convertirlo en una lamprea...